

guiente. Para celebrar el Santo Sacrificio no tenían más que un cáliz, y un ara, y prestados. Envió un día José á Landriani á recoger limosnas á Mondragón, donde tenía su palacio el Cardenal Borghese lo mismo que otros muchos Cardenales: para adquirir aquellos objetos sagrados necesitaban cuarenta escudos. Ordenó José á Glicerio que fuese al campo, pues de otro modo no conseguirían nunca aquella suma. El calor era sofocante: estaban en el estío: según la costumbre del país, todo el mundo guardaba la siesta; pensó Glicerio que no sería muy político despertar á tan grandes señores, y quiso dejarlo para más tarde. Id inmediatamente, dijo José: nuestro Santo joven obedeció, y sudando á mares y jadeante llegó á Mondragón en el momento en que salían en carroza á cazar Borghese y los otros Cardenales. El primero que lo vió, y que no lo conocía, le preguntó qué buscaba á semejante hora. «Cierto, contestó Glicerio, que no me parecía conveniente, pero el P. Prefecto me ha mandado salir inmediatamente para pedir una limosna para adquirir un cáliz y un ara que cuestan cuarenta escudos». Quitóse un guante Borghese, y puso en él algunas monedas de oro: fué pasándolo por sus colegas que echaron también su óbolo: contóse lo recolectado, y había justos cuarenta escudos oro. Sin sentir ya el calor, llevó en triunfo su limosna Glicerio, bendiciendo á Dios, y venerando más que nunca á su santo Superior.

No fué aquél el único milagro que hizo José en Frascati. Escuchó un día los lamentos de un pobre hombre que acababa de perder su asno. Ordenó nuestro Santo á Glicerio que hiciera sobre él la señal de la cruz, mandándole que se levantase. Resucitó el asno, y San José lo atribuyó únicamente á los méritos de Glicerio.

Si hallaba Calasanz tantos consuelos en un hijo tan bueno, no le faltaban por otra parte grandes amarguras. El P. Gelio Ghellini, su hijo predilecto, murió en Vicenza el 29 de agosto de 1616: lo había enviado José á Nápoles por asuntos de la Corporación. Cuando volvía á las Escuelas Pías, instáronle sus padres para que aceptase el obispado de Parenzo, y su ordinario, el obispo de Vicenza se empeñó en tenerlo en su diócesis; Gelio resistió valientemente á las instancias de sus padres, pero no pudo substraerse á las súplicas de sus Superiores. Partió llevando en su corazón las Escuelas, continuando en la observancia de sus Reglas, y enviándoles con frecuencia abundantes limosnas. Todos admiraban su don de oración, la gran pureza de costumbres, el celo por la salud de las almas, que le costó no pocos padecimientos, y, en general, la práctica de todas las virtudes. Ordenó en su testamento que fuera enterrado entre los niños que tanto había amado en las Escuelas Pías. Murió en olor de santidad, y no mucho después de su muerte fué introducida la causa de su Beatificación. Escribió y publicó su vida el P. Gregorio Sala, Teatino.

Juntáronse al dolor de pérdida semejante las malas noticias que recibía de Roma. Disminuían constantemente los estudiantes: se había reducido el número de clases, y se habían retirado los Padres más capaces. Envió José á Glicerio para que se informase del verdadero estado de las cosas, antes de tratar con Mgr. Monaldeschi, y con el Cardenal protector. Este había comprometido su persona, asegurando al Papa que las Escuelas Pías serían siempre el fin principal de los dos Institutos reunidos. El P. General Bernardini faltó á todos sus compromisos. En carta de 23 de noviembre, dirigida á Glicerio que estaba entonces en Roma, renueva José sus instancias, y le dice: «Os recuerdo que habléis con Mgr. Monaldeschi, y que le informéis del modo con que llevan las Escuelas esos padres. Vuelven siempre á las andadas, y está visto que con ellos poco será el bien que hagamos. Deseo que resuelva el Cardenal este negocio, pues bien se ve que esos Padres no consideran la obra de las Escuelas Pías sino como suplemento de su Congregación. Que el Señor ponga ahí su mano para que progresen las Escuelas con la perfección necesaria para la reforma de la juventud».

A pesar de los esfuerzos y de la prudencia del P. Glicerio Landriani, no pudo restablecerse el equilibrio. Casi todos los Padres habían tomado la resolución de volver á su primer estado, y á no encargarse más de aquellas Escuelas, casi destruidas por la malicia del demonio ó por su negligencia. Dióse prisa José por volver á Roma para impedir la crisis total que se acercaba, y principalmente para hablar con el P. Cassani, Rector de San Pantaleón. Por lo que á él tocaba, lo halló firme y resuelto á hacer cumplir con las Escuelas Pías antes que con cualquier otra obra: tenía gran deseo de perfección, lamentándose de que eran pocos los que de entre sus hermanos seguían su ejemplo. En efecto, todos los demás Padres de San Pantaleón le manifestaron la intención que tenían de abandonar las Escuelas. En aquella sazón se hallaba el P. Bernardino en Santa María *in porticu Campitelli*. Fué á verle José, y le recordó que á instancias del Papa, había resuelto el último Capítulo que se considerasen las Escuelas Pías como ocupación principal, y que ya en todas partes se las llamaba Congregación de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, como título distintivo en la Iglesia: siendo bien explícitas las condiciones pactadas ante el Cardenal Giustiniani. A pesar de actos tan solemnes, y de un contrato por todos aceptado y llevado á la práctica en los primeros tiempos, veía con dolor que se violaba aquel contrato en su esencia, pues oía á los Padres que declaraban que las Escuelas Pías eran una ocupación supérflua y contraria á su ocupación primitiva. El P. General, que en las apariencias era hombre de poca autoridad, era en el fondo muy enérgico, y le contestó: «Deseo grandemente que la Congregación se ocupe en las Escuelas: hice cuanto pude para que tal resolución se aceptase en el Capítulo, y he trabajado para que todos se sometieran á la Po-



breza y á las demás proposiciones del Cardenal: pero después de largas reflexiones han juzgado esos Padres que las Escuelas y la Pobreza no estaban conformes con el primer Instituto que ellos abrazaron, y que quieren conservar. Mucho he trabajado para disuadirlos; pero nada he podido conseguir: están prontos á deshacer el pacto de unión, y á retirarse. Sin embargo, espero que el tiempo podrá inspirar algún remedio calmando las disensiones».

Muy afligido quedó José al escuchar aquel lenguaje. Vió que aumentaría el mal con el tiempo, viniendo la destrucción total de las Escuelas ya tan comprometidas. Después de orar con fervor, dió parte al Cardenal Protector de la resolución tomada por los Padres de la Madre de Dios. Próxima la completa dispersión, era necesario aplicar cuanto antes el remedio. Entre tanto no disimulaba la dificultad en que se encontrarían las Escuelas Pías para sostenerse con solo el personal antiguo; sobre todo, cuando acababan de encargarse de Frascati. Además era imposible contar con sujetos no ligados por voto alguno, sobre todo, tratándose de un ministerio tan humilde y tan laborioso. Fué de opinión el Cardenal, de que cuanto antes se deshiciera la unión, sosteniendo las Escuelas con solos los antiguos colaboradores, seguros de que no les abandonaría Dios. A su vez, el Papa que amaba tanto á las Escuelas Pías, las elevaría á la categoría de Congregación, y él ayudaría con todo su poder. Lo porvenir mostró la sabiduría de aquel consejo, porque el Papa aprobó efectivamente la Congregación, siendo aquella su edad de oro por el número y por la calidad de los individuos que acudieron de todas partes á las Escuelas Pías. Quiso José orar y consultar antes á sus Directores y Consejeros ordinarios los dos venerables Carmelitas Descalzos. Ambos fueron de la opinión del Cardenal Protector, y le repitieron estas palabras: *Tibi derelictus est pauper: orphano tu eris adjutor*. En fin, fué á arrojarse á los pies del Papa, presentándole un memorial, cuya copia se conserva todavía, y que comienza así.

«José de Calasanz, Prefecto de las Escuelas Pías. Desde el año 1614 pensaron los Padres de la Congregación de Luca unirse con las Escuelas Pías, juzgando que era esta obra la más útil y la más necesaria de todas. Se pactó un Convenio en presencia del Ilustrísimo Señor Cardenal Giustiniani, Protector de las Escuelas, y del P. Domingo, del Convento de la Escala. Se prometió seguir exactamente las costumbres de las Escuelas Pías, y se habló principalmente de las Ordenes que se habían distinguido por la Pobreza. No mostraron ya después el mismo celo por las Escuelas, y el P. Prefecto recurrió á Vuestra Santidad para que se sirviera designar algunos Cardenales con el fin de amonestar á aquellos Padres por su conducta». Continúa el memorial exponiendo los hechos conforme los hemos relatado, y sigue: «Lejos de semeterse los Padres de Luca, se alejaron más y más del objeto principal. Los de Santa María in Por-

ticu imitaron su ejemplo, y la Santa Obra de las Escuelas Pías está á punto de que la abandonen todos. Por esto suplicamos á Vuestra Santidad, y pedimos que se adopte el Instituto según la forma primitiva, ó que se abandone enteramente».

Estimaba demasiado el Papa las Escuelas para tomar esta última resolución. Declaró al Prefecto que iba á revocar el Breve de unión estableciendo las Escuelas Pías en Congregación perpetua, para lo cual iba á dar un nuevo Decreto. A pesar de su disgusto consintió San José en la separación que se imponía para salvar su obra: de una parte y de otra se hizo todo con la mayor caridad. La primera, como señal de su afecto, dejó á las Escuelas muchos de sus miembros, y la segunda se manifestó grandemente agradecida, reconociendo los servicios que le había prestado su Santo Fundador en los primeros años de su existencia.

Los biógrafos de San José atribuyen aquella desunión á la malicia del demonio. Cierto que el espíritu de Satanás se halla donde quiera que existe el mal; pero no creemos haya necesidad de recurrir á intervención sobrenatural en todos los acontecimientos de la vida. Las causas naturales producen efectos naturales. No hizo bien José uniendo su obra con otra. La amalgama de espíritus diferentes es imposible; una de las dos sociedades debía absorber á la otra. Era absurdo el pretexto de la Congregación de la Santísima Virgen, pues no tardaron mucho en fundar ellos mismos Escuelas, y la principal, la de Luca, ha producido gran número de personajes ilustres por la ciencia y por la piedad. El verdadero motivo era la Pobreza que ellos no aceptaban, y que era la virtud querida de José, la virtud fundamental de su Instituto. Ambas sociedades tenían razón: *alius quidem sic, alius vero sic*. (I Corint. VII, 7): la unión fué falta de las dos, y la prueba, es que, hecha la separación, las Escuelas Pías entraron en una era de esplendor y grandeza que había parecido imposible.





## CAPÍTULO XI

### LA CONGREGACIÓN PAULINA

1617-1618

**D**ARECÍA á San José, y temían todos que la desunión de las dos Congregaciones sería la ruina de las Escuelas: pero la permitió Dios para darles estabilidad definitiva, y para aumentarlas y acrecentarlas con la llegada de numerosos y excelentes elementos. Está probado por la experiencia de todos los siglos: cuanto más austera es una Orden, tanto más arrastra á las almas generosas: cuanto más relajada está, tanto más se alejan esas almas que anhelan perfección: por eso concluyen ó vienen á menos todos los Institutos. Les faltan buenas vocaciones: para no desaparecer, se contentan con vocaciones medianas y dudosas, de ahí la pronta degeneración que el número no hace sino precipitar. Bien lo comprendía José. Según él, la esencia de su Congregación estaba en la más estricta pobreza; pero no se atrevía á imponerla después de lo que había sucedido. Fijo y muy fijo en el fin, vémosle durante su vida indeciso en los medios. Consultó á los dos mejores individuos de sus Escuelas, al P. Glicerio Landriani y al P. Cassani que quedó con él al separarse de las Escuelas sus antiguos compañeros de la Madre de Dios. Glicerio era de los más jóvenes; pero recibía luces del cielo. Ambos hicieron á José las instancias más vivas para determinarle á imponer la pobreza más estricta. No quería menos éste; pero lleno de caridad para con sus colaboradores, testigo de su trabajo no interrumpido, temía fuera superior á sus fuerzas físicas y, sobre todo, á sus energías morales. No podía olvidar la confusión de que fué causa su proposición de algún tiempo antes. Encargóse Dios de hacer que cesasen sus incertidumbres, con aquellas maravillosas visiones que había tenido con tanta frecuencia. Estando en oración en la bonita Iglesia de San Andrés del Valle, no lejos de San Pantaleón, se acercó á él una Señora muy venerable, vestida con mucha sencillez, y le dijo que era su esposa. Sorprendido José, le respondió: jamás he pensado yo en tener esposa; además soy sacerdote, siendo por lo tanto imposible. Por eso